

LA CULEBRA: UNA MIRADA ETNOGRÁFICA A LA TRAMA
DE ANTAGONISMO MASCULINO ENTRE JÓVENES
DE VIDA VIOLENTA EN CARACAS

Verónica Zubillaga

Universidad Simón Bolívar y
Universidad Católica Andrés Bello

RESUMEN

A partir de los testimonios de jóvenes varones de vida violenta, se intenta deshilar el complejo tejido de significados y acciones que constituye *la culebra*. Se quieren revelar los significados, reglas básicas y dramas de sentido puestos en juego en esta *pugna* que desata los habituales enfrentamientos armados que cobran las vidas de esos jóvenes y, a veces, las de sus vecinos. En la primera parte se define la violencia en cuyo seno se inserta la dinámica conocida como *la culebra*; y se esboza el itinerario metodológico dentro del cual se ubican los datos y reflexiones que se presentan. En la segunda parte, se discute la definición que se ha logrado construir sobre *la culebra*. Se exploran tanto el significado de la metáfora como las reglas básicas de lo que Mauss (1997) denominó el *intercambio*, así como los múltiples sentidos de la acción involucrados en una *culebra*.

Palabras clave: gobernabilidad, violencia, juventud, Caracas.

ABSTRACT

AN ETHNOGRAPHIC VIEW OF ANTAGONISM AMONG MALE YOUTH OF VIOLENT LIFE: THE CASE OF *LA CULEBRA* 'THE SNAKE'.

On the basis of the testimonies by young men of violent life, I try to unravel the complex web of meanings and actions that constitute *la culebra* 'the snake'. I reveal the meanings, basic rules and play on words at stake in everyday fighting that claims the lives of these youngsters and sometimes of neighbors. In the first part, I define violence within the dynamics of what is known as *la culebra* and outline the methodological itinerary where the data and reflections are presented. In the second part, I discuss the definition of *la culebra*, the meanings of the metaphor, the basic rules of what Mauss (1997) called *exchange* and the multiple meanings of the action underlying *la culebra*.

Key words: governance, violence, youth, Caracas.

RÉSUMÉ

LA CULEBRA (L'AFFRONTEMENT): UN REGARD ETHNOGRAPHIQUE À L'ANTAGONISME MASCULIN ENTRE JEUNES À VIE VIOLENTE À CARACAS

A partir des témoignages de jeunes hommes à vie violente, l'on essaie de montrer le complexe réseau de significations et actions qui constituent ce qu'on appelle *la culebra*. L'on veut mettre en évidence les significations, les règles de base et les drames de sens présents dans cette *lutte* qui provoque des affrontements armés dans lesquels ces jeunes meurent, et, parfois aussi leurs voisins. Dans la première partie, l'on définit la violence dans laquelle s'insère le phénomène connu comme *la culebra*, et l'on présente la démarche méthodologique dans laquelle s'insèrent les données analysées et nos réflexions. Dans la deuxième partie, l'on problématise la définition qu'on a construit de *la culebra*. L'on examine aussi bien la signification de la métaphore que les règles de base de ce que Mauss (1997) appelle l'*échange* et les multiples sens de l'action faisant partie d'une *culebra*.

Mots-clé: gouvernabilité, violence, jeunesse, Caracas.

RESUMO

A CULEBRA: UM OLHAR ETNOGRÁFICO À TRAMA DE ANTAGONISMO MASCULINO ENTRE JOVENS DE VIDA VIOLENTE EM CARACAS

A partir dos testemunhos de homens jovens de vida violenta, tenta-se elucidar o complexo tecido de significados e ações que constitui *la culebra* 'a culebra'. A intenção é fazer conhecer os significados, regras básicas e dramas de sentido postos em jogo nesta *pugna* que dá origem aos frequentes enfrentamentos armados que tiram as vidas desses jovens e, por vezes, as de seus vizinhos. Na primeira parte define-se a violência em cujo seio está inserida a dinâmica conhecida como *la culebra*; e, aliás, se faz um esboço do itinerário metodológico dentro do qual estão localizados os dados e as reflexões que são apresentadas. Na segunda parte, discute-se a definição que se tem construído sobre *la culebra*. Exploram-se tanto o significado da metáfora quanto as regras básicas do que Mauss (1997) chamou o *intercâmbio*, assim como os múltiplos sentidos da ação envolvidos em uma *culebra*.

Palavras chave: governabilidade, violência, juventude, Caracas.

I. INTRODUCCIÓN*

A partir de la década de los noventa, con el deterioro sostenido de las condiciones de vida de la población, junto con la profundización de la desigualdad, la exclusión social, y el progresivo descalabro de los cuerpos de seguridad e instituciones de resolución de conflictos y de administración de justicia, se vive en Caracas, y en otras ciudades de América Latina como Río de Janeiro, Cali o Medellín, una escalada sin precedentes de violencia en las interacciones cotidianas. Esta violencia, caracterizada como social y urbana, se ha expresado en el aumento de crímenes que se destacan por el exceso en las agresiones y, especialmente, por la profusión de muertes violentas originadas por armas de fuego. En un fin de semana en Caracas, desde hace más de quince años, mueren más de cincuenta personas. La mayoría son jóvenes varones que perecen en manos de la policía y también en una dinámica de intercambio letal conocida comúnmente como *la culebra*. El asombro frente a estas muertes me llevó a preguntarme el significado de esta trama de antagonismo y a explorar los sentidos que se despliegan y experimentan en su seno.

Basándome en los testimonios de jóvenes varones de vida violenta, intento deshilvanar el complejo tejido de significados y acciones que constituye *la culebra*, con el fin de revelar los significados, reglas básicas, y dramas de sentido puestos en juego en esta *pugna*, que desata los habituales enfrentamientos armados en los que esos jóvenes —y a veces sus vecinos— pierden la vida. El presente artículo se divide en dos partes: en la primera se define la violencia en el seno de la que se inserta la dinámica conocida como *la culebra*, y se esboza el itinerario metodológico dentro del cual se ubican los datos y reflexiones recopiladas. En la segunda parte, en primer lugar, se discute la definición que se ha podido construir sobre *la culebra* y se explora el significado de la metáfora que encierra a su vez las reglas básicas de lo que Mauss (1997) llamó el *intercambio*, así como los múltiples sentidos de la acción involucrados en una *culebra*.

* Las investigaciones sobre las cuales se basa el presente texto contaron con los consejos de Guy Bajoit, Magaly Sánchez R., Olga Ávila, Roberto Briceño-León y Manuel Llorens, y con el apoyo en campo de Marifé Fernández, Sandra Zuñiga y Rafael Quiñones. Estas pesquisas recibieron sostén financiero de la Cooperation Universitaire au Developpement (CUD, Programme Actions-Nord 2000) y del Comité National d'Accueil (CNA), en Bélgica; de la Fundación Gran Mariscal de Ayacucho (Fundayacucho), del Consejo de Desarrollo Científico Humanístico y Tecnológico (CDCHT) y del Centro de Investigaciones Jurídicas (CIJ) de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB), en Venezuela.

2. ALGUNAS ACLARACIONES NECESARIAS

2.1. La violencia: el contexto de la trama de antagonismo

La violencia ha sido caracterizada como social, urbana, armada e infrapolítica, para subrayar su dimensión económica e instrumental. El carácter político está francamente diluido frente a la orientación de los actores organizados hacia el control de los recursos o actividades económicas clandestinas, como el tráfico de drogas o de armas, que conllevan la desmesura y la privatización de la venganza; en el continente latinoamericano esta dinámica tiene, fundamentalmente, como sedes las ciudades con mayor riqueza y donde hay mayor desigualdad social y económica entre sus habitantes (Dowdney, 2005; Soares, 1996; Wiewiorka, 2004; Zaluar, 1999).

Esa violencia se ha manifestado en nuestro país a lo largo de los últimos años en el incremento acentuado y sostenido de las muertes violentas contabilizadas por los organismos oficiales. La tasa de homicidios en Venezuela se duplicó en la década de los noventa, al pasar de trece homicidios por cien mil habitantes en 1990 a veinticinco homicidios por cien mil habitantes en 1999 (Provea, 2006). En Caracas, los casos registrados fueron tres veces superiores y las tasas de homicidios también se duplicaron en la década de los noventa: de cuarenta y cuatro en 1990 a noventa y cuatro homicidios por cien mil habitantes en 1999. En el año 2006 la tasa de homicidios en el país fue de cuarenta y cinco homicidios, y en Caracas fue de ciento siete homicidios por cien mil habitantes, lo que alcanza los niveles de regiones en guerra (Provea, 2007).

Quienes mueren son precisamente los hombres jóvenes de barrios precarios. Los estudios sobre la mortalidad en Venezuela hechos en el pasado –desde el año 2001 (Provea, 2005)– han revelado que el 95% de las víctimas de homicidios son hombres: el 69% tenía entre 15 y 29 años, y el homicidio se ha convertido en la primera causa de muerte en el país para los hombres entre 15 y 34 años (Sanjuán, 1999; 2000).¹ Mientras que en el año 2000 la tasa de homicidios era de

¹ De acuerdo con los datos de los *Anuarios de Mortalidad* del Ministerio de Salud y los análisis del Centro de Investigación Social (Cisor), para los jóvenes de 15 a 34 años, el homicidio y las lesiones (con o sin arma de fuego) constituyeron la primera y segunda causa de muerte en el año 2004. Entre los años 1997 y 2004 las muertes por violencia pasan de 40% a 60% (Cisor-Cesap, 2006). Esta cifra es más alta que la registrada por países con niveles muy altos de violencia armada. Por ejemplo, en El Salvador, donde se contabiliza un porcentaje considerado como muy elevado de muertes por causas externas,

treinta y tres por cien mil habitantes en el país, en ese mismo año, la tasa de homicidios para hombres jóvenes fue de doscientos veinticinco (Provea, 2003). En Caracas, ciudad de Venezuela que tiene la mayor cantidad de muertes violentas en sus municipios más pobres, las víctimas han muerto cerca de sus casas (83%), durante riñas en espacios públicos (55.4%), en atracos (20.6%), sobre todo entre viernes y domingo (55%); el medio utilizado ha sido un arma de fuego (92%) (Sanjuán, 1999; 2000).

Hay que entender, entonces, esa violencia en el interjuego de dinámicas globales y locales; me parece que hay que aprehenderla como inscrita en el seno de un proceso histórico de mutación o “transformaciones en un nivel global”, las cuales se cruzan con “tensiones estructurales tradicionales y transformaciones inéditas en un nivel local”, experimentadas en los últimos treinta años en los países latinoamericanos y, en particular, en Venezuela (Briceño-León y Zubillaga, 2002). Las primeras (nivel global) se vinculan a la hegemonía de una economía de libre mercado, al debilitamiento de los Estados nacionales, así como a la imposición del consumo de ostentación como forma de participación social y, finalmente, a la expansión de tráfico ilegal como la economía de la droga y la de armas de fuego. Las segundas (nivel local) se emparentan con la precarización del Estado en Latinoamérica; con la devaluación de derechos sociales –vivienda, educación, empleo, salud, seguridad personal– históricamente lacerados en las poblaciones más vulnerables, y con la regresión económica de los años ochenta. A partir de los años noventa, transformaciones inéditas se hacen evidentes en algunos países de la región: el descalabro de las instituciones de administración de justicia y cuerpos de seguridad del Estado; la penetración del tráfico de drogas, del crimen organizado, y la extensión del uso de armas de fuego (Adorno, 2005; Dowdney, 2005). Estas últimas tendencias se evidencian de manera notable en Venezuela a partir de los años noventa, y luego se acentúan con la entrada del siglo XXI, en medio de la configuración de un nuevo escenario de intensa conflictividad política.

2.2. La preocupación de investigación y su itinerario metodológico

La preocupación que guió la investigación sobre la cual se funda este artículo –*la culebra* como trama de antagonismo– se centró en la exploración de

esta cifra disminuyó de 58,1% a 51,4% entre 1998 y 2000 (Dowdney, 2005, p. 108). Para los hombres en general, en el año 1997, los homicidios eran la quinta causa de muerte, mientras que en el año 2004 los homicidios ya eran la tercera causa.

la construcción de la identidad masculina de hombres jóvenes de vida violenta. Se exploró el sentido de la acción violenta en la construcción de la identidad personal y social de jóvenes; se quiso revelar el sentido de esas acciones, en el contexto de sus condiciones de existencia y de la red de relaciones sociales en las que ellos se involucran (Briceño-León y Zubillaga, 2002; Zubillaga, 2005; 2007a y 2007b).

Al hablar de *hombres jóvenes de vida violenta*, se alude a jóvenes que mantienen enfrentamientos armados con pares por pugnans personales como práctica rutinaria y también participan en redes de tráficos ilegales y/o crimen organizado. Referirse a *vida violenta* apunta a un estilo de vida que se vincula con el *hacer* y el *ser* en un “período de tiempo biográfico determinado”. En este sentido, no se mencionan los *jóvenes violentos* como si estos fueran esencialmente violentos, sino que se quiere subrayar la posibilidad de transformación de los estilos de vida: “de vidas violentas a vidas no violentas”; se hace énfasis en el hecho de que se trata de hombres jóvenes que responden y actúan frente a las dinámicas complejas de su entorno; se apuesta a que sus lógicas de acción serían completamente distintas en otro tipo de contextos, con la presencia de diversos aliados que contribuyan a forjar identidades masculinas alternativas y proyectos existenciales susceptibles de ser materializados, como de hecho se recoge en algunos testimonios de los jóvenes entrevistados (Zubillaga, 2007b).

Con un propósito de investigación, me he dirigido a hombres jóvenes que participaban en la dinámica cotidiana de enfrentamientos armados en diferentes barrios de Caracas. La estrategia metodológica que se adaptó para esta investigación fue de tipo cualitativo, por medio de “los relatos de vida” (Bertaux, 1997) mediante entrevistas a profundidad.²

La investigación se basa en nueve relatos de vida, recopilados entre julio del año 2000 y junio del 2001; los jóvenes, cuyas edades se extienden entre los 17 y 27 años, vivían en barrios caraqueños y estaban involucrados en tráfico de drogas o crimen organizado (básicamente, robo o asalto planificado). Adicionalmente, la investigación se enriqueció con diez relatos de vida, obtenidos entre febrero del año 2005 y mayo de 2006, de jóvenes provenientes de esos mismos barrios en edades comprendidas entre 22 y 30 años. Se trata de jóvenes hombres que incursionaron en una trayectoria de violencia vinculada a

² Daniel Bertaux utiliza el término *relato de vida*, a diferencia de *historia de vida*, para hacer hincapié en el hecho de que se trata del relato que una persona elabora de su vida frente a la demanda del investigador y no de la historia vivida por la persona (1997, p. 6).

la actividad criminal y a los enfrentamientos cotidianos armados con pares por pugnas personales, y que, posteriormente, lograron sustraerse de ese ciclo.

En los relatos que hemos recogido se advierte el significado que han adquirido las relaciones entre hombres jóvenes en un escenario donde la cualidad del desamparo instalado en sus barrios, la experiencia personal de la exclusión de la ciudad, de la educación y de la precarización del empleo, así como la extensión de tráfico ilegales y la proliferación de armas de fuego, los han acompañado al repliegue en su barrio. Son estas condiciones las que forjan un estado de animosidad masculina, cuya máxima expresión está en la letalidad de los intercambios armados y, sobre todo, en el exceso de muertes ocasionado en la dinámica conocida como *la culebra*.

3. LA TRAMA DE ANTAGONISMO: *LA CULEBRA*

La culebra es una trama que vincula a varones en oposición que comparten una masculinidad preocupada por la obtención de respeto. La constituye un régimen de intercambio, iniciado por una ofensa y regido por el antagonismo entre varones —el *nosotros* y el *ellos*— cuyo resultado extremo es la muerte. Se usa el término *régimen* porque este implica una serie de actos de agresión gobernados por reglas definidas que vinculan a los varones. *La culebra*, al estar asociada con una ofensa, además de tener carácter moral innegable, necesita una respuesta so pena de la degradación insostenible del que la recibe.

Anabel Castillo (1997) resalta esa cualidad moral de *la culebra* en una de las primeras investigaciones donde se la describe como categoría central en la vida de un grupo de jóvenes recluidos. Esta autora la define como

una situación social en la cual, en primer lugar, alguien (el agresor) deshonor a otro en algún aspecto que atenta contra su propia dignidad. En segundo lugar, el otro (el agredido), supone que debe dar respuesta a su deshonor, limpiando el honor: haciendo lo mismo o algo peor como eliminarlo físicamente. (p. 42)

La culebra, al estar gobernada por la lógica de reciprocidad (Mauss, 1997), se puede entender como una forma de “intercambio”. Por un lado, se acata la obligación de responder y, por el otro, se siguen los compromisos de solidaridad; una red o trama interminable de afrentas y deudas por pagar se extiende entre jóvenes hombres que viven en proximidad y que son miembros del *nosotros* (la banda). Este carácter extensivo y de obligatoriedad de *la culebra*, les otorga entonces un mandato del que, difícilmente, se puede escapar.

Se introduce el término *antagonismo*, porque los que allí participan se conciben a sí mismos en términos de presa y depredador; esta cadena de agresiones y venganzas comprende la aniquilación del adversario: “No podíamos vivir ellos allí y yo aquí, porque cada vez que nos veíamos era: ¡bala para allá y bala para acá! Tú sabes como es eso...”, recordó Ricky develando el carácter *suma-cero*³ de este intercambio.

La culebra evoca la lógica de reciprocidad implicada en el juego de “desafío” y de “obligación de respuesta” propio de los hombres de honor de las más diversas culturas –como la mediterránea o la china (Bourdieu, 1966; Mauss, 1997; Peristiany, 1966)– en sociedades de pequeña escala en las que un Estado u orden superior que monopolice el ejercicio de la violencia no tiene presencia. Si bien *la culebra* sigue y comparte la dialéctica del desafío y respuesta entre hombres de honor (Bourdieu, 1966), el hecho de que en esta se ponen en juego valores fundamentales vinculados a la reputación del grupo y al amor propio de los hombres que participan hace que sus reglas y significados se distancien notablemente. En *la culebra*, la regla fundamental implica aniquilar al adversario sin consideración, antes de que él lo haga y cuando menos él se lo espere, tal como se mostrará seguidamente al explorar la metáfora implicada en *la culebra*.⁴ Aunque arraigada en valores tradicionales vinculados al respeto, que por tradición se vincula a la hombría, esta forma de pugna tiene lugar en las condiciones asociadas a la gran extensión de barrios urbanos en relegación, en el marco de la desinstitucionalización de la justicia y de la seguridad, en medio de la inédita amplitud del uso de armas letales y de tráficos ilegales en el continente suramericano, y en el seno del significado que ha adquirido la animosidad entre varones.

En esa pugna intervienen, entonces, hombres jóvenes que se conocen, viven en proximidad, saben los nexos familiares de unos y otros, quién es la madre de quién y quién es amigo de quién. Los jóvenes muchas veces prolongan sus ofensas en familiares cercanos e incluyen en sus amenazas a los familiares más queridos, como la madre.

³ *Suma-cero*: la ganancia de un contrincante implica, necesariamente, la pérdida por parte del rival, de algo que tenga, exactamente, el mismo valor.

⁴ Pierre Bourdieu, en su estudio sobre el honor en la sociedad kabyliya, afirma: “La pelea era un juego donde lo que está en juego es la vida, y sus reglas deben ser obedecidas escrupulosamente para evitar el deshonor; más que una lucha a muerte, es una competencia de mérito desplegada frente al tribunal de la opinión pública” (1966, p. 202). Por otro lado, una de las condiciones fundamentales en la dialéctica del desafío y la respuesta entre hombres de honor es la igualdad de sus participantes; en *la culebra* no rige tal regla, los jóvenes desde muy temprano reciben ofensas de jóvenes mayores; los varones mayores acosan a los de menor edad succionándolos sin misericordia en la dinámica de *la culebra*.

La culebra implica la entrada en un intercambio –*enculebrarse*, como dice Romer, uno de los participantes en el estudio– entre el *nosotros* y el *ellos*, las bandas, entre el sí mismo y el oponente; se sostiene por el acuerdo mutuo y la disposición a participar entre adversarios que se conocen. Romer, cuando le pregunté por qué *la culebra* era tan radical y por qué era a muerte, me contestó:

Porque así como lo estoy diciendo yo, también lo dicen ellos, o mato o me matan. Y así como tengo la mente⁵ yo también la tienen ellos. Entonces eso se compagina para que siempre esté existiendo, se estén culebreando, matándose entre unos mismos.

En términos fenomenológicos, *la culebra* comprende el pase a un estado subjetivo de alerta permanente frente a la conciencia de la voluntad de cada uno de aniquilar al adversario, como explica Luis, otro de los participantes al describir su estado de ánimo cuando estaba involucrado en *una culebra*: “Yo todo el tiempo tenía que estar todo el día armado, siempre con los ojos abiertos”. Romer, por su parte, explicó cómo actuaba cuando andaba en *una culebra*:

Siempre activo, uno se convierte en un ventilador, te mueves para arriba, para abajo, para todos los lados. Cuando uno ve a un chamo sospechoso que uno nunca ha visto, uno no es que de una vez le va a pegar un tiro, pero uno lo para y le dice que se levante la camisa y lo revisa y lo interroga: “¿De dónde eres tú? ¿Qué vienes a hacer para acá?”.

Los participantes cuya narración describía esa forma de vivir bajo un estado de atención permanente hablaron también de ciertas medidas de prudencia como la limitación de horarios a la exposición pública y definieron algunos sitios como proscritos para ellos. Nada más ilustrativo para comprender ese estado que la carga de significado contenidos en la “metáfora de la culebra”, de la cual se desprenden sus reglas.

3.1. La metáfora de *la culebra* y sus reglas básicas

La culebra es la metáfora que encierra una multitud de sentidos, enseñanzas y advertencias. En torno a *la culebra* hay todo un saber acumulado de códigos y reglas compartidas que orientan las acciones de los jóvenes.

Le pregunté a Ricky: “¿Por qué tú crees que a *la culebra* le dicen *culebra*?”. Y él explicó:

⁵ *Mente, tener la mente*: tener la actitud, la manera de pensar y de actuar; se vincula también con el estado de animosidad, específicamente cuando se tiene una disputa o problema con alguien.

Porque siempre está latente, la serpiente siempre está latente y tú si te mueves te pica. Eso es un término que le damos ciertos tipos aquí en la calle. *Esos tipos son culebra* es una expresión que es la más sonada en esto del barrio, pero siempre, tú así vayas con sifrinós,⁶ allá también le dicen *culebra*. Eso es una palabra que es radical en esto de los problemas.

Otro de los jóvenes entrevistados dijo:

A veces dicen que *la culebra* se mata por la cabeza. Si uno tiene *una culebra* cerca, al ladito y viene a picar, la gente siempre le da un golpe por la cabeza o un tiro, o si no ella pica. ¿Ve? Entonces uno la mata, es por eso que uno no deja que pique. Cuando uno de repente dice: “Somos culebra” es porque están por matarte y tú debes estar dispuesto a matar también si no te cosen a tiros, bueno, lo matan a uno descargándole la pistola. Entonces uno no puede andar por ahí de confiado, hay que *andar pilas*.⁷

En el plano del significado, la palabra *culebra* refiere tanto al “enemigo” (*Esos tipos son culebra*) como a “la situación de pugna” entre varones (*Una palabra que es radical en esto de los problemas*), lo que alude al plano de la disputa. Cuando se hace alusión al enemigo, la metáfora de *la culebra* revela un modo de acción: tal como el reptil de referencia, el adversario se mueve sigilosamente, actúa de modo sorpresivo y cuando ataca lo hace a muerte. Estar implicado en *una culebra* –la pugna– comprende la necesidad de anticiparse; se sabe que hay una deuda pendiente y que el otro –*la culebra*– está por ahí, sigiloso, y en cualquier momento puede irrumpir con las mismas intenciones letales.

La metáfora de *la culebra* evidencia también la operación simbólica realizada por los varones en este régimen de antagonismo: denominar *culebra* al enemigo descubre con crudeza que los varones se conciben en términos de presa y depredador. Se degrada al enemigo, se extrae su humanidad y se lo convierte en un ser viviente que “hay que” (se debe) eliminar por nocivo (transformación similar a la operada sobre los jóvenes estigmatizados como *chigiüres*, expresión que denota ausencia de peligrosidad, que no “pican” mortalmente como *una culebra*). En la eliminación de *una culebra* no hay culpa. Es menester eliminarla para garantizar la propia sobrevivencia.

⁶ *Sifrinós*: alude de manera jocosa, a veces despectiva, a los jóvenes de los sectores pudientes de la ciudad, que se esfuerzan en exhibir objetos de consumo –motos, vehículos, objetos de marca– y un estilo de vida vinculado al consumo mismo, viajes. Connota el arribismo de la clase media consumidora.

⁷ *Pilas*: ‘baterías’. *Andar pilas*: ‘estar en estado de alerta, atento, con las baterías cargadas’.

Cabe destacar que, sin duda, los vecinos conocen y manejan la metáfora de *la culebra*. El hecho de que *la culebra* sea pública implica también que los vecinos se constituyan en espectadores. Así, estos comentan y dicen que los jóvenes: “Están cazando culebras”.

En una oportunidad, una señora contó:

Yo los he visto con su pistola, cuando uno pasa, uno sabe, uno se fija cuando están escondidos cazando a alguien. Una vez estaban dos escondidos con las pistolas cazando a alguien y una muchacha le preguntó al muchacho que era un familiar de ella: “Mira, chamo ¿qué haces allí?”, y él le contestó que se quedara tranquila que estaban cazando *la culebra*, dicen ellos. Y ella me dijo que me apartara, que eso era peligroso, que cuando estaban esos malandros así, andaban en bandas, y eso es seguro que hay tiroteo y casi siempre el que paga es uno, que siempre anda por allí atravesado ...

A partir de esos testimonios y de la metáfora que evoca al reptil como objeto referencial, se desprenden las reglas básicas de este régimen de antagonismo: a) la lucha implicada en *la culebra* (con el adversario en la situación de pugna) es a muerte; b) una muerte genera la obligación de responder con otra muerte; c) para evitar la propia muerte hay que anticipar la actuación del adversario y proceder primero; d) el logro de la muerte esperada depende de sorprender al enemigo en momentos de vulnerabilidad, es decir, cuando este no lo espera; y e) aunque *una culebra* tiene como horizonte la muerte, existen posibilidades, si bien reducidas, de salidas alternativas.

Así, si *una culebra* se cierra preferentemente con la muerte del adversario, los jóvenes narraron también distintas salidas alternativas a la dinámica *suma-cero*, que en principio rige ese intercambio.

La gravedad de la pugna reside, en principio, en que esta se abre para toda la vida y solo se cierra con la muerte. El resultado fatal del enfrentamiento –la muerte de un amigo o de un familiar, un daño irreversible en la persona– produce que *la culebra* se extienda en el tiempo y tenga un carácter definitivo e imperecedero. Para algunos de ellos este tipo de desenlace vuelve inverosímil imaginar un encuentro. En una oportunidad le planteé a Romer si *una culebra* podía resolverse de otra manera y él me contestó:

La verdad que yo no tendría respuesta para eso porque yo creo que es muy difícil que después de que uno tenga *una culebra*, uno vaya a hacer las paces. Yo, por lo menos un chamo que ya me haya varias veces intentado matar a mí, después que venga a decirme que vamos a ser panas, por lo menos yo, no lo aceptaría. Porque

él también puede venir con esa, de haciendo un paro,⁸ que vamos a ser panas otra vez. Entonces en una que yo me descuide es que me mata. Entonces por lo menos de mi parte yo no aceptaría y eso sería muy difícil.

A pesar de que la pugna en principio es a muerte, de acuerdo con los testimonios, *las culebras* de dramáticas consecuencias tienen como escapatoria la emigración del barrio, suerte de muerte social. Ahora bien, en el caso de *las culebras* en pleno desenvolvimiento, donde todavía no existen dolientes que vengar, los varones narraron distintos procesos que muestran salidas alternativas. Estas comprenden experiencias donde los jóvenes “mediaron” y “negociaron” para la resolución del conflicto letal.

Algunos jóvenes entrevistados han fungido de mediadores en problemas en los que se encuentran amigos en oposición. Se trata de varones de respeto consolidado, adultos con hijos. Alfredo, cuando estaba contando que se “había ganado el respeto” en su sector, contó: “Uno también ha sido mediador en algunos conflictos y en problemas entre bandas. Cosas que: «Mira, déjense de eso vamos a tratar de solucionar las cosas por nosotros mismos, y toda esta serie de cosas...»”. Alfredo guardó silencio; yo pregunté: “¿Cómo es eso? Cuéntame, ¿que pasó?”, y él me contó lo siguiente:

Bueno, caí en eso porque habían amistades de ambos lados. Donde de repente unos carajos de un sitio y entre esos carajos estaba un amigo mío y del otro lado habían amigos míos. Entonces una vez, de hecho, llegué yo y estaba hablando con uno de ellos y llegó el otro a quererlo matar y yo me interpuse y le dije: “Tú no lo vas a matar en mi cara, en mi presencia. Si tienen algún problema mátense entre ustedes cuando se consigan por ahí, pero delante de mí no se van a matar pues”. Bueno, el otro por haberle salvado la vida, más amistad hubo. Yo hablé con el otro chamo y le dije que “dejen eso así, olvídense de los problemas, traten de resolver eso de otra forma. Tú tienes hijos, este también, cuando a ti te maten ¿a dónde va a quedar tu hijo, a dónde va a quedar tu esposa, tu mamá y tu papá?”. Bueno y traté de ayudarlos a solucionar sus problemas.

Entre hombres, sin embargo, no es menester mezclarse en los asuntos de otros. Alfredo siguió hablando y aclaró:

Además, tiene que ser una persona como que muy cercana para yo tratar de inmiscuirme en esas cosas. Porque realmente me podría traer a mí conflicto; de que yo trate de ayudar en algún problema y este le diga al otro, y venga el otro más adelante ... Ya sucedió una vez, pasé un mal rato, ya casi nunca hago eso y no me gusta tampoco. Digamos que cada quien hace con su vida lo que quiere y mantener un margen pues, mira bueno hasta ahí ...

⁸ *Hacer el paro*: ‘representar una situación, dar la apariencia de, simular’.

Por último, presento la hipótesis de que la capacidad de negociar entre varones se vincula a una trayectoria asociada a la edad y sobre todo al ciclo del respeto (Zubillaga, 2005). En este sentido, Ricky, cuando le pregunté si él podía imaginar que *una culebra* se resolvería hablando, contestó:

Si se ha buscado personas conscientes, con la mente amplia. Vamos a decirlo así, son padres que quieren ver crecer a sus hijos, entonces buscan la manera, hablar, una tregua ... las personas más serias de cada sector y hablamos, planteamos situaciones: “Mira, marico, está pasando esto ¿cuál es el problema que tengo yo contigo? Dímelo para resolverlo”. [...]. Los problemas siempre más que todo eran chismes, que si este me dijo que tú mataste, que si tú no mataste, porque mis problemas de aquí han sido siempre de homicidio más que todo. Y más que todo, eso se ha visto en cuestiones de tipos que han sido prisioneros, me entiendes, que han sido reos, reclusos que siempre han estado en una lucha, que han estado por ahí en la noche y saben lo que es vivir esa guerra hoy en día. Entonces decidimos que por lo menos cada quien viva su vida por su lado y así pues, poco a poco, poco a poco, se fueron hablando situaciones. Eso no fue un solo día, esos fueron meses.

Este tipo de evento parece verosímil considerando el significado de respeto que pueden acumular los varones de mayor edad (Pedrazzini y Sánchez, 1992).

Así la dinámica de *la culebra* —en la que se conjugan múltiples significados y se fusionan diversas orientaciones de sentido— ocupa un lugar importante en la vida de esos jóvenes.

3.2. Los múltiples sentidos de *la culebra*

La culebra, en “el plano de la pugna” y enfrentamientos sostenidos entre varones, es normalmente reseñada por la prensa como “ajuste de cuentas”, pese a que comprende mucho más, aun cuando gira en torno a la retaliación o venganza por una ofensa recibida.

La culebra es un acto fundamental para los varones —o banda de jóvenes—, que se concentra en la propia vida y, muchas veces, termina con ella. En lo que concierne a la propia identidad, constituye una trama de relaciones donde los jóvenes construyen una identidad social y una imagen de sí, de su identidad personal, frente a los amigos y a los enemigos. En esa trama se experimenta entonces con intensidad el sentido del *nosotros*, de la banda, así como el sentido del propio cuerpo, del *yo* en movimiento.

La complejidad de *la culebra* viene dada, en primer lugar, por la pluralidad de sentidos y de “buenas razones” que pueden promoverla; en segundo lugar,

una vez iniciada la pugna, por el modo como estos sentidos se fusionan en su seno y se ponen en juego durante su curso. Con respecto a este segundo aspecto, se propone ver *la culebra* como un drama constituido por un juego de combate y riesgo; un despliegue de estrategias bélicas, una lucha; el teatro de la hombría y la dominación, según se comenta en la sección 3.2.1.

3.2.1. Las buenas razones para iniciar *una culebra*

En los relatos de los jóvenes se revelan al menos cuatro “lógicas o sentidos” fundamentales para involucrarse en *las culebras*, los cuales engloban las buenas razones para iniciarlas:⁹

- a) En *la culebra* se sellan pactos de solidaridad. Entre los miembros de la banda se celebra la sociabilidad grupal. El “sentido de integración” entre compañeros, el *nosotros* de la banda, siempre está presente y cobra intensidad frente a un *ellos* en oposición.
- b) En *una culebra* se compete por el mercado en el negocio de la droga. De modo que “el sentido estratégico” en la esfera de la “acción económica” es uno de los sentidos fundamentales cuando el otro se percibe como concurrente en un mercado de bienes y plazas finitas. Asimismo, según Zaluar (1999), esto constituye una razón de mucho peso en el inicio de los intercambios violentos entre jóvenes en Río de Janeiro.
- c) Si la defensa es personal, en esta pugna se despliegan estrategias para preservar la propia vida y la de los familiares. *Una culebra* se puede aprehender por el “sentido de preservación” vinculada a la vida biológica; se puede ver como estrategia de defensa y protección cuando no hay un ente superior que garantice la seguridad y la vida.¹⁰

⁹ Se entienden las lógicas o sentidos de la acción como lo propone Dubet (1994). Este autor, incorporando el planteamiento weberiano de los múltiples registros de la acción orientada que corresponden a lógicas (de acción) identificadas con finalidades perseguidas por los actores en relación social, propone el concepto de ‘experiencia social’. Dentro de este marco, el sujeto se constituye a través de la experiencia social, es decir, el trabajo incesante de articulación de lógicas contradictorias, a veces complementarias. La experiencia social es, pues, la combinación de lógicas de la acción cuyo sentido proviene del trabajo del individuo sobre sí mismo y sobre la relación con otros; estas lógicas son: la integración, la estrategia y la subjetivación.

¹⁰ Precisamente, Norbert Elias, en su conocido texto *La civilisation des mœurs*, describe la actividad afectiva del guerrero en la sociedad medieval, definida por la ausencia de un poder central que monopolice la violencia: “En un campo donde la violencia es un evento

- d) En *la culebra* se interpreta la temeridad, se cobran las ofensas a la propia dignidad; se despliegan en situación las destrezas y atributos de una masculinidad digna de respeto. El *sentido expresivo* de la acción se extiende sin cesar al reivindicar el clamor de superioridad. Bajo este sentido pueden leerse los enfrentamientos comprendidos en los retos de poder y dominación: por territorio, por mujeres, por el robo de objetos.
- e) Por último, intrincado en todos estos registros, *la culebra* tiene un significado personal, relacionado con lo material del cuerpo. En ella se ponen en juego el sentido de los propios límites, las emociones extremas y la capacidad del cuerpo para responder. *Una culebra* compromete íntimamente la identidad personal, sentido que se hace particularmente evidente en *la culebra* entendida como juego de combate.

Más allá del origen de la disputa que inicia *una culebra*, esta y sus reglas atrapan a los jóvenes: independientemente de la ofensa inicial, esta tiene su propio curso.

3.2.2. Los dramas del juego

En función de los sentidos desplegados en el curso de *una culebra*, esta se lee desde una perspectiva dramaturgica como un *juego de combate*, el *despliegue de estrategias bélicas*, una *lucha* y un *teatro de la hombría y la dominación*.

Entender que en *la culebra* se desarrollan uno o varios dramas implica invitar a entenderla como un curso típico de acción con sentido donde se juegan significaciones fundamentales en la construcción de la identidad personal (el sí mismo) y social (el sí mismo en su relación con los otros). Así *la culebra* se presenta como un drama donde se juegan simultáneamente los diferentes sentidos de la acción mencionados con anterioridad: de integración, estratégico, expresivo y de preservación, y donde, en función de cómo se despliegan estos diferentes sentidos, se escenifican los diferentes dramas.

inevitable y cotidiano, donde las cadenas de dependencia del individuo son relativamente cortas, [...] la represión de pulsiones y emociones no es ni necesaria, ni útil, ni siquiera posible. La vida de los guerreros, como aquellas de otras personas que viven en una sociedad de guerreros, está constantemente amenazada por agresiones brutales” (1939a, p. 190, mi traducción del original en francés). Debe recordarse que para Elias, el “proceso civilizatorio”, es decir, el proceso de domesticación de las emociones y de represión de la agresión, se produce a partir del progresivo proceso de monopolización de la violencia por un poder central y la interdependencia producida en el seno del intercambio comercial (*idem*, p. 292).

3.2.2.1. El juego de combate

Uno de los sentidos más evidentes de *la culebra*, desde el punto de vista del “registro de la integración”, es el pacto de solidaridad entre varones. “La culebra permite demostrar entre los miembros del *nosotros* que se está dispuesto a arriesgar la vida por el amigo” (Castillo, 1997, p. 64), mientras que uno de los menos evidentes, el cual se destaca en la presente investigación, es su “sentido o lógica lúdica en la que se celebra la sociabilidad del *nosotros* de la banda” (*ibidem*). *La culebra* comparte y despliega entre el *nosotros* el placer de la acción conjunta, la fusión en el seno de un equipo y la victoria del equipo vencedor. De acuerdo con la experiencia narrada por los varones, *una culebra* puede analizarse como un juego de combate de alto riesgo.

La metáfora del juego, de la competencia entre equipos, es utilizada recurrentemente por los jóvenes. Ricky, cuando relató que *sus culebras* eran asunto pasado, dijo: “Tuve, tuve culebra en tiempos, pero más que todo están eliminados”; hizo una pausa y agregó riendo: “El equipo fue campeón”. Otro joven, Orlando, por su parte, comentó acerca del equipo contrario: “Esos eran desquiciados, esos eran del otro equipo, pero siempre respetaban al equipo de nosotros, lo que pasa es que ellos eran vagabundos, ellos eran vagos, vagos”.

En efecto, *la culebra*, cuando llega al punto de los ciclos de espera y enfrentamiento, tal como la relatan esos varones, se analiza como un combate lúdico, trascendental y serio, en el que están en juego la vida, la muerte, así como las consecuencias irreversibles en el propio cuerpo. Puede ser vista como un juego de competencia y de alto riesgo, con equipos opositores definidos, cuerpos en movimientos –los del *nosotros* y los del *ellos*– un desplazamiento en el espacio donde se traspasan fronteras, donde existen obstáculos y defensas.

Huizinga ([1938] 2000) subraya insistentemente la seriedad intrínseca al juego. Cuando se trata de *ir a buscar culebras*, el intercambio comparte algunos de los elementos señalados por este autor, típicos de esa actividad: la tensión, el orden marcado por la duración en el tiempo y los límites en el espacio, el movimiento, la alternación, la sucesión, la solemnidad. *La culebra* comparte con los juegos de combate la seriedad y el compromiso de los jugadores, la demanda de superioridad en coraje y virilidad, y la victoria es la prueba de esa primacía. En el juego, afirma Huizinga, algo está en juego.

Al vislumbrar *en la culebra* ese sentido lúdico, hace falta aclarar que no se trata de cualquier juego. El hecho de que la muerte sea una posibilidad real en esta dinámica evoca igualmente los juegos deportivos de alto riesgo, donde la muerte o las heridas graves forman parte del horizonte de resultados posibles de la participación. Un juego de combate en el que sus participantes negocian permanentemente el límite entre la vida y la muerte (Lyng, 1990).

Lyng propone precisamente el concepto de *edgework* ‘trabajo de límites’ para aprehender el sentido de experiencias de alto riesgo voluntario. *Edgework* comprende fundamentalmente el problema de “negociar el contorno entre el caos y el orden, la vida y la muerte, la conciencia y la inconciencia; lo sano y lo insano” (1990, p. 855; la traducción es mía).¹¹ Para los participantes, en estas actividades, está en juego la habilidad de mantener el control sobre una situación que bordea el caos absoluto, de controlar lo que para muchos constituye lo incontrolable. Justamente, el autor revela el trabajo de límites en el que se experimenta la ilusión de control; interpela en especial a aquellos que en la vida cotidiana tienen un sentido de impotencia frente a fuerzas sociales externas, así como se dirige a los jóvenes que tienen un sentido de la propia inmortalidad y son susceptibles a la ilusión de control, y, particularmente, a los varones socializados bajo la presión de controlar eventos del mundo exterior (pp. 871-872).

Así, *la culebra* compromete íntimamente la integridad de la persona, y en esta afloran las emociones más profundas conectadas al carácter orgánico del cuerpo, a la propia subjetividad masculina: el miedo inicial por vencer, la adrenalina, las piernas temblorosas, las destrezas que permiten vencer el reto, el placer que honra a los vencedores luego de la batalla. Luis verbalizó este sentido de manera particular, y explicó que él y sus amigos no dejaban entrar, y menos vender la mercancía, a los pares oponentes (concurrentes) en su sector. Le pregunté, entonces, cómo hacían para evitar que ellos entraran, y él respondió:

¹¹ Las actividades comprendidas bajo este concepto, aclara Lyng, tienen un rasgo central en común, todas implican una amenaza observable al propio bienestar físico o mental o al propio sentido de una existencia ordenada. Dentro de este género, la experiencia por excelencia es aquella donde la incapacidad del individuo en responder al reto (*challenge*), resultaría en la muerte o, al menos, en daños debilitadores. Los deportes de alto riesgo como el escalar rocas, carreras de motos y de autos, parapente; las ocupaciones como bomberos, soldados de combate, policías, se incluyen dentro del trabajo de límites por el autor. En todas estas el riesgo de muerte y las heridas graves siempre están presentes (Lyng, 1990, p. 857).

“Con tiros”. Seguidamente, pregunté si así era como se formaba *una culebra*, y dijo: “¡Claro que sí!”. El diálogo continuó de la siguiente manera:

V. Z.¹²: ¿Y después vienen con sus amigos a dispararle a ustedes?

Luis: Se pone más divertido.

V. Z.: ¿Cómo es eso?

Luis: Claro, sientes la vibración, tú sientes [...] a mí me gusta. (Guardó silencio y siguió). Tú lo que sientes es que [...] bueno tienes que saber cómo se esparcen las balas.

V. Z.: ¿Saber qué?

Luis: Cómo llegar [...] por ejemplo si te metes para este bloque, tienes que saber cómo llegar hasta esta esquina..., son problemas así.

Luis habló entonces de las destrezas en juego durante *una culebra*, pero evitó hablar más de lo divertido que había mencionado. Más adelante, en esa misma conversación, recapitulando, volví a decirle:

V. Z.: Ellos vienen en la noche, entonces ustedes les empiezan a caer a tiros y es divertido...

Luis: Divertido. ¡No!, (risas) da un poquito de miedo, pero todos los seres humanos sentimos miedo ¿no? Hasta las piernas tiemblan.

En otra ocasión, Luis describió la situación de enfrentamientos:

Luis: Es como ir a cazar venados [...] escuchar ¡Pla, pla, pla, pla! Tantos tiros, ves a la gente corriendo, un poco de chamos corriendo, al amigo tuyo corriendo por allá, entonces tú lanzando tiros, te lanzan...

V. Z.: ¿Cómo es eso de ir a cazar venados?

Luis: Es como si tú ves a tu enemigo allá y le entras a tiros así [...] ¡Plan, pan, pa, pa! Y atrás también, y tú le lanzas y te lanza también, hasta que, bueno, uno salga muerto. [...]. La adrenalina la tienes así como ... (guarda silencio un instante) te dan y tú quieres dar también. Pero por lo menos a mí nunca me ha pasado, que me han dado un tiro, no te puedo decir cómo me sentiría [...]. Pero el tiro para allá y para acá, de repente el otro le hirieron, la adrenalina, bueno, como un jue' (se interrumpe) una cosa divertida. Es como un juego, yo lo veía como un juego, pero eso no tiene nada de otro mundo ... [silencio].

V. Z.: ¿Cómo es eso que no tiene nada de otro mundo?

Luis: Bueno, que todos los muchachos de mi edad están así y hay otros que te pueden contar cosas diferentes. Entonces uno siente miedo al momento, las piernas te tiemblan, las rodillas, el corazón también te tiembla [hizo una breve pausa y continuó], a lo mejor cuando tú sientes la muerte tan así de frente, que de repente una bala llega y ¡Tan! En la cabeza, cosas así.

¹² V. Z. = Verónica Zubillaga.

Que después cuando ellos se van para su lado y tú te vas para tu lado, tú te pones a contar las cosas y cóncchale lo que da es risa [...]. Unos se ríen, otros se ríen, pero cuando hay un muerto, lo que hay es lágrimas, dolor, llanto.

La culebra es, pues, un juego definitivo, donde la muerte es siempre una posibilidad, y los daños en los cuerpos resultan permanentes. Pedro, el tío de Romer, tenía balas alojadas en su cuerpo. Otro de los participantes, José, había recibido disparos:

Tengo cinco disparos, dos en la cara, me partí la mandíbula [en ese momento, él descubrió su labio inferior y mostró un amplio hueco que tenía en el paladar donde faltaban algunos dientes] dos en los pies, otro en otra pierna.

En los relatos de los jóvenes abundan los casos de amigos muertos, compañeros parálíticos, ciegos y cojos, a causa del intercambio mortal de *la culebra*.

La culebra es luego de la temeridad demostrada en el combate cuando se comparten y se celebran el placer del triunfo y el sentido de elite (Huizinga, [1938] 2000; Lyng, 1990). “El equipo campeón”, como declaró Ricky, “los más arrechos del sector”, en palabras de Orlando. Los jóvenes, cuando hablaron de su participación en *la culebra*, hablaron de su aura de elite temeraria. “Nosotros éramos cabeza caliente”, afirmó Orlando; “Éramos muchachos alumbrados”, dijo Luis.

El “contenido expresivo” de la celebración en el contexto del triunfo en *una culebra*, cobra y exhibe todo su sentido en la manifestación pública, en la ostentación de la propia victoria que humilla al oponente y apura la necesidad de respuesta. En este sentido, Romer contó:

Allá cuando uno mata a *una culebra*, hace una fiesta. Todos lo celebran comprando botellas, poniendo música y echando tiros para el aire, celebrando. Si es *una culebra* muy fuerte que uno siempre la haya querido matar, cuando uno la mata, hace una fiesta. Entonces eso uno lo hace a propósito porque al escuchar los otros que uno tiene una fiesta [...] es un pique para ellos. Se pican, bueno, y “Estos mataron al pana de uno y están celebrando con fiesta y todo”. Y ellos quedan picados.

La culebra es un elemento fundamental en la constitución de la historia de amistad entre varones. Los varones juegan y celebran el sentido del *nosotros* durante los combates y, posteriormente, cuando rememoran la intensidad de la acción vivida, ríen y disfrutan de esa sociabilidad grupal. Evocar *las culebras* del pasado permite actualizar el sentido del *nosotros*, como contó Orlando,

quien años después de haber dejado de participar en la intensidad de *las culebras* semanales, todavía recuerda con sus amigos:

Hoy en día [...] fuese que estuviéramos tomando, nos recordamos de esas cómicas: “¿Te acuerdas cuando nos estábamos cayendo a tiro allá?”. Uno piensa todas esas cosas y ¡qué locura cometimos! Tú te acuerdas cuando fulano cobró un tiro sin saber [...] todas esas cosas pues. Si este carajo estuviera vivo estuviera aquí con nosotros, todas esas reflexiones.

3.2.2.2. El despliegue de estrategias bélicas

La acción del *nosotros* en oposición a un *ellos* en el seno de *la culebra* comporta un evidente *sentido estratégico*. Entre las buenas razones para iniciar *una culebra*, el *cálculo estratégico*, particularmente en el *campo económico* del mercado de drogas, se orienta por el aumento de beneficios en el momento de acaparar plazas o las ganancias de la venta. *Muchas culebras* comienzan bajo un sentido de preservación por *defensa personal y familiar*: cuando se agrede gratuitamente a un joven o se amenazan los familiares por combates en defensa de bienes considerados preciosos como las prendas de vestir y las mujeres. Esta defensa cobra por igual un sentido expresivo porque se trata de objetos que definen la identidad del joven. Dejarse robar o sustraer la novia constituye una humillación insostenible para el joven.

Al mismo tiempo, más allá del motivo estratégico que inicia la pugna, una vez iniciada *una culebra*, la acción *estratégica de preservación* está siempre presente en *la defensa y el ataque a los adversarios*. Después de haber abierto *la culebra*, evitar la propia muerte es una preocupación permanente en el mundo de estos jóvenes. Así, ellos conciben colectiva e individualmente: a) formas de organización para el ataque y la defensa colectiva, y b) estrategias de comunicación que permitan ampliar la capacidad de acción de la propia banda, es decir, tomar previsiones para protegerse o atacar de forma certera al enemigo. A continuación, algunos de los jóvenes ya mencionados –Romer y Ricky– narran su modo de actuar en *la culebra*.

- En medio de la emoción, urgencia y prisa de *la culebra*, Romer narró cómo se desplegaban *estrategias colectivas de defensa que incluyen cierto grado de organización durante los enfrentamientos armados*. Notemos, además, como dentro de estas, su grupo de amigos resguarda su identidad frente a los vecinos:

Romer: Aquello duró dos horas, habían pasado dos horas y nosotros todavía estábamos ahí echándoles tiro y ellos echando tiro contra nosotros, se

nos estaban acabando las balas, y decidimos irnos.

V. Z.: ¿Quién decidió que se tenían que ir?

Romer: Uno pregunta, pero uno no se llama por el nombre, por lo menos nosotros les decimos: “¡Compadre! ¡Compadre! ¡No me quedan balas!”. Hubo uno que dijo: “¡No, no me quedan más!”. Otro: “¡No, me quedan cinco!”. Otro: “¡Me quedan siete!”. “¡Bueno vámonos, entonces!”. A los que les quedaban más, habían unos que decían: “¡No, me quedan quince!”, “¡Me quedan veinte!”. Bueno, esos se pasan para adelante y se quedan aquí disparando, mientras que los que no tienen balas van retirándose, y así estábamos. Se van retirando tres más, se ponen mas atrás, se retiran estos, así vamos y después los que están atrás se quedan disparando hasta que corone¹³ y luego el pire¹⁴ para irse. Y eso que persiguen a uno hasta casi llegando a la zona de uno.

V. Z.: ¿Por qué no se llaman por los nombres?

Romer: No, porque al día siguiente, los vecinos de las partes donde uno va le escuchan los nombres que uno dice y le ponen la denuncia a uno, fulano de tal y fulano de tal fueron a echar tiro para allá.

De este modo, los jóvenes despliegan, en situación, destrezas y saberes que comprenden el conocimiento del propio sector para ubicar espacios de protección. Accionan estrategias básicas, típicas de combates bélicos, como saber cubrirse con improvisadas barreras y atacar para evitar el avance del enemigo. Romer también relató:

Hay que buscar cubrirse y tirarle todos los tiros que uno pueda también, para buscar que esa gente se aleje más, porque si uno se queda puro cubriéndose, sin mandarle tiro a ellos, ellos se van acercando y cuando ven a uno cerca lo matan a uno.

La propia seguridad está en íntima vinculación con la capacidad de acción conjunta del grupo: es un tipo de capital social, quien tiene amigos tiene poder de defensa y ataque. Los jóvenes saben que su propia defensa no depende solo de ellos sino, también, de la fuerza conjunta y del soporte del grupo al cual pertenecen. Ricky, quien ocupaba la posición de liderazgo en su banda, comentó:

Yo por lo menos yo siempre me he cuidado, yo nunca he subestimado a nadie. Todo el mundo tiene derecho a portar lo de ellos, y pam, pam, y yo bien. Yo soy indio claro, pero si se me meten conmigo, ellos saben cómo es la vaina, saben que, de repente, siempre llevan las de perder.

¹³ *Corone*: del verbo *coronar*, ‘el resultado de una acción’, lograr. En los juegos deportivos se habla de “coronar la victoria” y los jóvenes hablan de *coronar* como el logro de los fines de la acción. Generalmente se refiere al resultado de un asalto o robo.

¹⁴ *Pire*: de *pirarse*, ‘fugarse’.

“¿Siempre llevan las de perder contigo?”, pregunté y él aclaró sonriendo: “Conmigo no, con mi equipo”.

Desde una *perspectiva estratégica*, los miembros del *nosotros* constituyen una red en lo que concierne a la protección o desquites personales. A partir de esta serie de actos que constituyen, desde la perspectiva de la integración, las cadenas de favores, fidelidades y obligaciones mutuas, se teje y se consolida el “vínculo” dentro del propio grupo y de la red de conocidos. Si los miembros del *nosotros* asumen como personal las ofensas a cualquier miembro del grupo, es natural que, mientras más amigos se tengan, más posibilidades haya de protegerse, de ejercer venganza: más poder y recursos para defenderse y ejecutar la retaliación. Los relatos de los jóvenes están plenos de eventos donde los propios amigos intervienen, cuando alguno de ellos se encuentra vulnerable, para evitar la muerte del compañero.

- La capacidad de protegerse y atacar sorpresivamente al enemigo, también, se fundamenta en las estrategias de *comunicación o el manejo de información que circula entre las redes de amigos y conocidos*.

Como prevención frente a las invasiones de los jóvenes de bandas opositoras, Alfredo narró la manera en que él y sus amigos desplegaron señales y avisos para alertar sobre la llegada del invasor:

Alfredo: Nos unimos como que: “Mira, está pendiente tú por allá o vamos a estar pendientes, cuando suene la campana, sale el que esté por ahí”. Estábamos como que muy coordinados en esas cosas...

V. Z.: ¿Quién tocaba esa campana?

Alfredo: Cualquiera de ellos, cada uno, no era una campana, era una lata de leche y le daban ¡Na, na, na! Entonces, como donde nosotros vivimos es una cuestión bastante cerrada, se escuchaba el eco, y así se hacía.

El manejo de información implica poder de acción efectiva. Los amigos corren la voz. En este sentido, la expresión *cantar la zona* da cuenta de esta red de información que circula, dando las voces y alertando para, así, conocer la ubicación del enemigo y actuar sorpresivamente, es decir, ejercer venganza cuando el oponente menos se lo espere, y, también conocer cuándo el propio enemigo ha iniciado la búsqueda para dar muerte y tomar previsiones: protegerse, esconderse o emigrar temporalmente. Los amigos se convierten en agentes de vigilancia e impiden el ser sorprendido al pasar los avisos necesarios. Estos y los conocidos constituyen una red de información siempre alerta, que envía las señales necesarias para anticipar la acción del oponente. De esta capacidad de anticipación depende, muchas veces, evitar la muerte en un enfrentamiento.

4. EL TEATRO DE LA HOMBRÍA Y LA DOMINACIÓN

Finalmente, *la culebra* es, por excelencia, la trama donde se despliega la acción expresiva vinculada a la propia estima y a la identidad social definida por la reputación de hombre de respeto. Como lo he destacado a lo largo de este artículo, el registro expresivo de la agresión implicada en *la culebra* emerge permanentemente, en el discurso de los jóvenes.

La situación ofensiva que inicia una culebra compromete íntimamente tanto la identidad personal o imagen de sí, como la identidad social o imagen pública del ofendido; todo esto llama irremediablemente a la reparación de la ofensa (Castillo, 1997; Peristiany, 1966). Se revela, entonces, de manera particular, el contenido moral de *una culebra*. Este tipo de sentido tiene lugar especialmente durante la ofensa inicial. En este momento de la pugna, los jóvenes experimentan, vivamente, las emociones vinculadas a las afrentas y a la propia estima: la indignación, la rabia, la ira reivindicadora (Katz, 1988).

Entre jóvenes apegados al respeto, cualquier gesto o mirada que despierte su sensibilidad es motivo suficiente para iniciar *una culebra* a muerte. Al mismo tiempo, entre hombres de fuerte carácter competitivo y que comparten un ideal como el respeto, el hecho de humillar al enemigo de manera insostenible constituye el camino para aumentar el propio valor dentro de la jerarquía de hombres de respeto.

En lo que concierne a la reputación y a la obtención de respeto –teniendo en cuenta que este es un valor ideal que depende íntimamente de los ojos de los demás–, *la culebra* es una trama de acción donde el joven puede exhibir y adquirir una identidad reconocida y respetada. De esta cualidad se comprende que *muchas culebras* tengan lugar en sitios definidos tanto por su carácter público como por la presencia de una audiencia: las canchas de basquetbol, la calle o las fiestas. Así, promover malentendidos o problemas para abrir *una culebra* y exponer la propia valentía es la *performance* necesaria para merecer pleitesía y una consideración teñida de miedo. El combate durante *una culebra* es el despliegue dramático que permitirá al joven demostrar que, más allá de la acción de su grupo, él se hace respetar personalmente.

La culebra es el drama que atrapa a varones ocupados, permanentemente, tanto en defender su propia estima y reputación como en construirla frente a una audiencia.

El contenido expresivo del antagonismo entre varones en el seno de *una culebra* se devela en la profunda cualidad simbólica de la agresión y en las violencias ejercidas sobre los cuerpos, por ejemplo, en el desnudar al enemigo acorralado: este evento constituye una ofensa absoluta en el régimen de competencia por una identidad reconocida, apegada al consumo y a las marcas de moda. Desnudar al otro es despojarlo de su imagen, de su identidad pública tan cuidadosamente construida a través del vestir y sus signos. Implica, además, para estos jóvenes que experimentan animadversión al ser sometidos por otro, exponer al enemigo a lo más bochornoso, a obedecer y a mostrar su vulnerabilidad en la crudeza del cuerpo desnudo. Enviarlo sin ropa frente a sus amigos constituye la evidencia del sometimiento; así, la vergüenza se prolonga frente a la humillación que se hace pública.

El *robo*, en un escenario donde todos se conocen, se entiende como una ofensa insostenible al implicar, por una parte, la demostración del sometimiento logrado, y, por la otra, la evidencia de la sustracción del objeto, del signo de identidad y del reconocimiento contenido en las marcas de moda. Varios de los jóvenes expresaron: “Mis cosas no me las dejo quitar fácilmente”. En el acto, frente al adversario, respondieron: “Si lo quieres, gánatelo”, iniciando de esta manera el enfrentamiento en situación. La muerte de jóvenes que se resisten a ser robados aparece regularmente en los reportes semanales de la prensa.

Una interpretación similar puede hacerse en relación con los enfrentamientos por las mujeres, quienes se constituyen, igualmente, en objeto que define la propia identidad: ser atractivo, ejercer virilidad. Un joven comentó al respecto:

Las culebras comienzan por una mirada, que si me miraron mal. Tú sabes como uno se viste bien de marca, lo miran tanto que comienzan las envidias y las habladurías. O por jevas, también la mayoría de *las culebras* son por jevas que no te respetan la cara, tú sabes, que te quieren montar cachos [...] y eso.

Vale la pena evocar el saber generalizado que apunta a la imagen del *cornudo*, una de las ofensas más terribles para hombres apegados a valores como el honor y el respeto, en diferentes culturas.

La cualidad simbólica de la agresión se despliega también en el tipo de persona que recibe las amenazas o agresiones: la madre o los familiares más queridos; en el tipo de daño que se ejerce sobre los cuerpos: los disparos en la cara en respuesta a un insulto insostenible que irrespeta la propia cara o cortarle el dedo a aquel que robó a un vecino.

En la narración de Romer se revela la brutalidad ejercida por su hermano sobre el cuerpo del enemigo ya muerto por llamarlo *chigüire*:

Jhony después que el chamo estaba tirado en el piso muerto, se devolvió a rematarlo y le pegó un poco de tiros más por la cara, por la cabeza. [...]. Jhony le tenía arrechera a ese chamo. Antes de eso ya le había dado unos tiros, pero no lo había matado. Nada más por ese chamo haberle dicho *chigüire*, porque a él no le gustaba, me decía a mí, que me digan *chigüire* ...

La calidad de la agresión en situación, el tipo de daño ejercido sobre determinadas personas, o sobre determinadas partes del cuerpo, son otros de los indicios que dejan ver la expresividad y el contenido moral implícitos en este régimen de antagonismo. El simbolismo de la agresión y el mismo cuerpo humano como “teatro de operaciones” de las violencias más horribles (Appadurai, 1998, p. 912) han sido motivo de amplia reflexión tanto en la investigación sociológica, como en la antropológica (Appadurai, 1998; Katz, 1988). Katz destaca, precisamente, que las marcas sobre los cuerpos responden al proyecto de reivindicación de una ofensa de la parte de una subjetividad humillada (1988, p. 19). Estas constituyen el testimonio permanente de que la afrenta sufrida ha sido justamente trascendida (*idem*, p. 36).

Una *culebra* es un drama social que revela la operación simbólica realizada por jóvenes de sexo masculino profundamente estigmatizados y relegados socialmente: el hecho de coronarse como elites temerarias en sus vecindarios puede verse como una manera de invertir el estigma y la discriminación en el contexto de una sociedad que ellos perciben con nihilismo. *La culebra* comprende, también, construir una identidad apreciada frente a sus propios ojos y ante los ojos de los demás, aunque esta sea una construcción efímera. Solo los guerreros, los campeones y los varones de verdad se forjan como hombres de respeto y merecen la ascendencia ganada.

5. COMENTARIOS FINALES

Forjar la posibilidad de dinámicas alternativas a *la culebra*, a causa de la cual mueren diariamente jóvenes varones en nuestro país, implicaría el despliegue de acciones y políticas sustantivas integradas que atacaran diferentes amenazas experimentadas por los jóvenes. Eso exigiría cambios estructurales y culturales fundamentales. En primer lugar, desde la perspectiva política, reclamaría una política pública frontal de preservación de la vida humana, lo que debería tra-

ducirse en un plan de desarme y control de armas así como en el saneamiento de la policía y del sistema de justicia. En segundo lugar, demandaría, desde una perspectiva económico-social, la disminución de las brechas sociales entre la población a través del fortalecimiento de los sistemas institucionales de solidaridad social –salud, educación, vivienda–, además de la creación de empleos dignos en los que los jóvenes puedan ampliar sus horizontes de proyectos, invertir sus pasiones personales y construir una identidad respetada. En tercer lugar, desde una perspectiva netamente social, requeriría el fomento de las redes sociales y proyectos de participación comunitaria y juvenil, por medio de los cuales la gente de las comunidades pueda re-apropiarse de sus espacios, de su ciudad y percibir al *otro* como interlocutor posible, y no como enemigo fatal. En cuarto lugar, desde una perspectiva cultural y transversal respecto de las anteriores, demandaría el establecimiento de una plataforma de actividades con sentido, a partir de la cual los jóvenes puedan forjar el reconocimiento buscado mediante identidades alternativas a una masculinidad vinculada al poder y a la dominación. Se alude a la gama de actividades eminentemente expresivas como la música, el baile y el deporte, que constituyen espacios para dramatizar identidades susceptibles de ser reconocidas por un desempeño vinculado a una sensibilidad particular. En quinto y último lugar, lo propuesto exigiría la capacidad del uso de la palabra como vehículo crítico para interpelar, demandar, exigir y cuestionar las realidades vividas como amenazas. Precisamente, jóvenes varones de barrios populares han empezado a reaccionar. En Caracas se escucha, en la voz de hombres jóvenes de diversos barrios, la denuncia sobre la falta de atención, la falta de oportunidades y la violencia con la que se crece. Diferentes grupos de jóvenes varones han tomado la palabra a través de canciones y videos caseros, y los han transformado en medios alternativos de expresión y denuncia, a la vez que los convierten en la alternativa para obtener el reconocimiento social dentro de sus vecindarios y redes de pares. Ejemplo de esto son las decenas de grupos emergentes en comunidades de sectores populares que, mediante un género como el hip hop, interpelan con sus canciones a la sociedad, al mismo tiempo que construyen identidades juveniles, urbanas, a tono con movimientos culturales que se expanden en esta nueva realidad global.

He sido testigo de eventos vinculados al movimiento hip hop en Caracas y he visto cómo jóvenes varones encuentran un espacio donde confrontar y compartir la violencia vivida; los círculos de contrapunteo y de improvisación constituyen nuevos escenarios para construir un reconocimiento a través de una

performance frente a otros varones iguales. Así, a través de la palabra, se construye el respeto vinculado a la habilidad de palabra.

“Eleva las manos si trabajas por la paz” es el estribillo de la canción de unos jóvenes varones en un concierto en Caracas. “Contra la violencia, conciencia” y “Hagan el amor no la guerra” constituyen varios de los *slogans* que anuncian los conciertos de jóvenes hombres de sectores populares decididos a presentar su mensaje en el espacio público y determinados a romper con el estigma de *anti-sociales* y violentos. Las nuevas dinámicas vinculadas a esta corriente del hip hop fraguan los espacios donde cada joven debe mostrar su superioridad en el arte de la palabra, donde se operan transformaciones y se hacen evidentes nuevas sensibilidades entre los varones. El discurso de los jóvenes que se ha registrado muestra las nuevas dinámicas como: “Malandreo con la música, no malandreo con la pistola; malandreo a la conciencia de las personas”. Esa fue la manera de explicar ese nuevo mensaje por parte de un joven con quien conversé. Este movimiento, que comienza a vislumbrarse, constituye un espacio de esperanza frente al aumento de muertes que padecemos desde hace casi veinte años en nuestro país.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADORNO, S. (2005). Dialogues franco-brésiliens sur la violence et la démocratie. Le monopole étatique de la violence: le Brésil face à l'héritage occidental. *Cultures & Conflicts*, 59. Disponible en <http://www.conflicts.org/index1883.html> [consulta: 24 de febrero de 2007].
- APPADURAI, A. (1998). Dead certainty: Ethnic violence in the era of globalization. *Development and change*, 4 (29), 905-925.
- BERTAUX, D. (1997). *Les récits de vie*. Paris: Nathan.
- BOURDIEU, P. (1966). The sentiment of honour in Kabyle Society. En J. G. Peristiany (ed.), *Honour and shame: The values of Mediterranean society*, (191-242). Chicago: University of Chicago Press.
- BRICEÑO-LEON, R. y ZUBILLAGA, V. (2002). Violence and globalisation in Latin America. *Current Sociology*, 50 (1), 19-37.
- CASTILLO, A. (1997). *Menores transgresores: en búsqueda de aceptación social*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- CISOR-CESAP (2006). Reporte mensual. *Venescopio*, 17. Disponible en <http://www>.

- venescopio.org.ve/docs/reporte_agosto-septiembre06.pdf [consulta: 02 de marzo de 2007].
- DOWDNEY, L. (2005). *Ni guerra ni paz. Comparaciones internacionales de niños y jóvenes en la violencia armada organizada*. Disponible en <http://www.coav.org.br/> [consulta: 02 de marzo de 2007].
- DUBET, F. (1994). *Sociologie de l'expérience*. Paris: Du Seuil.
- ELIAS, N. (1939a). *La civilisation des mœurs*. Paris: Pocket.
- ELIAS, N. (1939b). *La dynamique de l'Occident*. Paris: Pocket.
- HUIZINGA, J. ([1938] 2000). *Homo ludens*. Madrid: Alianza.
- KATZ, J. (1988). *Seductions of crimes*. New York: Basic Books.
- LYNG, S. (1990). Edgework: A social psychological analysis of voluntary risk taking. *American Journal of Sociology*, 4 (95), 851-886.
- MAUSS, M. (1997). Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques. En *Sociologie et Anthropologie*, (145-279). Paris: Quadrige y Presses Universitaires de France (PUF).
- PEDRAZZINI, Y. y SÁNCHEZ, M. (1992). *Malandros, bandas y niños de la calle*. Valencia: Vadell Hermanos.
- PERISTIANY, J. (1966). *Honour and shame: The values of the Mediterranean society*. Chicago: University of Chicago Press.
- PROGRAMA VENEZOLANO DE EDUCACIÓN-ACCIÓN EN DERECHOS HUMANOS (PROVEA). (2003). *Situación de los Derechos Humanos. Informe Anual (octubre 2002/ septiembre 2003)*. Caracas: Provea.
- PROGRAMA VENEZOLANO DE EDUCACIÓN-ACCIÓN EN DERECHOS HUMANOS (PROVEA). (2005). *Situación de los Derechos Humanos. Informe Anual (octubre 2004/ septiembre 2005)*. Caracas: Provea.
- PROGRAMA VENEZOLANO DE EDUCACIÓN-ACCIÓN EN DERECHOS HUMANOS (PROVEA). (2006). *Situación de los Derechos Humanos. Informe Anual (octubre 2005/ septiembre 2006)*. Caracas: Provea.
- PROGRAMA VENEZOLANO DE EDUCACIÓN-ACCIÓN EN DERECHOS HUMANOS (PROVEA). (2007). *Situación de los Derechos Humanos. Informe Anual (octubre 2006/ septiembre 2007)*. Caracas: Provea.
- SANJUÁN, A. (1999). *Estudio sobre los indicadores de la criminalidad y la delincuencia en Venezuela*. Documento del Programa Seguridad y Convivencia Ciudadana, Banco Interamericano de Desarrollo (BID), Caracas.
- SANJUÁN, A. (2000). Violencia y criminalidad en Venezuela. *SIC*, LXIII (627), 292-295.
- SOARES, L. (1996). *Violência e política no Rio de Janeiro*. Rio de Janeiro: Relume Dumará, Instituto de Estudos da Religião (ISER).

- WIEVIORKA, M. (2004). *La violence*. Paris: Éditions Balland.
- ZALUAR, A. (1999). Violence related to illegal drugs, “easy money” and justice in Brazil: 1980-1995. *Discussion Paper*, 35. Paris: United Nations Educational Scientific and Cultural Organization - Management of Social Transformations Programme (UNESCO - MOST).
- ZUBILLAGA, V. (2005). La carrera moral del hombre de respeto y armas. Historias de vida de jóvenes y violencia en Caracas. *Revista Venezolana de Psicología Clínica Comunitaria*, 5, 13-53.
- ZUBILLAGA, V. (2007a). Los varones y sus clamores: los sentidos de la demanda de respeto y las lógicas de la violencia entre jóvenes de vida violenta de barrios en Caracas. *Espacio Abierto. Cuaderno Venezolano de Sociología*, 50 (16), 577-608.
- ZUBILLAGA, V. (2007b). En búsqueda de rutas de salida a la violencia. Análisis de experiencias de reconversión de hombres jóvenes de vida violenta en Caracas. En R. Briceño-León y O. Ávila (eds.), *Violencia en Venezuela*, (257-298). Caracas: Laboratorio de Ciencias Sociales (Lacso).

